

**JINETH
BEDOYA LIMA**

COLOMBIA

Este es un extracto de la publicación
“#JOURNALISTSTOO – LAS PERIODISTAS TOMAN LA PALABRA”,
publicada aquí: [LINK](#)

TRANSFORMAR EL DOLOR



LA SOLEDAD ABSOLUTA.

Es la segunda sensación que te invade después de una agresión violenta. La primera es sentirse muerta en vida, muerta aunque estés viva

Así es como me sentí el 25 de mayo de 2000, tras ser torturada y violada por tres de los hombres que me habían secuestrado, cuando esperaba en la puerta de la cárcel La Modelo de Bogotá para entrevistar a un jefe paramilitar.

Hasta ese momento, no podía concebir la idea de que ser periodista pudiera costarme la vida. A pesar de una primera agresión el año anterior, y de las constantes amenazas en los días previos, nunca creí que los delincuentes fueran tan osados. Yo fui la atrevida, por seguir denunciando la red de tráfico de armas y de personas secuestradas orquestada por paramilitares, guerrilleros y miembros de las fuerzas de seguridad colombianas. En público, todos estos grupos eran enemigos acérrimos. Sin embargo, en privado, en la oscuridad del crimen, sus relaciones se habían transformado y se habían convertido en estrechos colaboradores.

Diecinueve años después de lo que fue una tragedia tanto para mí como para el periodismo de mi país, una cosa está clara: si hubiera sido un hombre, la orden se habría ejecutado sin dudar. Un tiro en la nuca por un sicario, y se acabó. Pero como era una mujer, no solo me secuestraron. También tenían que utilizarme para humillar a las mujeres que se atrevieran a hacer lo mismo.

Y VIOLARME.

Volver a respirar profundamente –tras varios días en el hospital en los que únicamente podía pensar en un posible embarazo, en cómo podía mostrar mi cara en público o en lo que tenía que hacer para terminar de morir (suicidio)– se convirtió en la tarea más dura y complicada. Y encontré en el periodismo la válvula de oxígeno que me salvó y que aún hoy es mi principal motor.

Reconciliarse con su propia historia, a través de las historias de otras personas, todas ellas surgidas de la barbarie de la guerra, podría considerarse una revictimización. Pero en mi caso fue, en primer lugar, una fuente de motivación, luego una respuesta y, por último, una causa. Una causa para pedir justicia y rehabilitar a miles de Jineth. Porque la violencia sexual puede tener miles de caras, pero al final solo se necesita un nombre para denunciarla. Más aún cuando la víctima nombrada es una periodista y puede dar visibilidad a un delito que sigue siendo tabú en numerosos países.

Durante años, me negué a reconocerme como víctima porque siempre creí que los y las periodistas no tenían derecho a quejarse, y menos aún a militar. Pero el día que logré contener mis demonios y alzar la voz, en septiembre de 2009, inicié esta transición del dolor que se yergue frente la impunidad, con el aliciente de que cada victoria en un juzgado es una puerta que se abre no solo para ti. Detrás hay cientos de víctimas que ven una luz de esperanza en tu caso.

Tal vez la parte más difícil de la lucha consista en llevar a los culpables a la cárcel. Los crímenes contra los y las periodistas siempre están rodeados de corrupción y poder. Además, cuando hay acoso sexual o violencia, las posibilidades de llegar a la fase de juicio

se reducen con cada acción o cada prueba. En mi caso, empecé la lucha sola, sin testigos, sin pruebas ni expediente. Fui estigmatizada por mis propios colegas, que me consideraron como la única responsable de lo que me había sucedido, y no como una víctima. Tal vez por eso tardé tanto en verme a mí misma como tal.

Durante años, comparecí en innumerables audiencias en la Fiscalía para testificar, para intentar demostrar que había sido violada y materializar con mis palabras algo que tenía muy claro en la intimidad de mi hogar. Que estaba muerta en vida.

Una tarde de 2009, durante una de esas jornadas agotadoras, estaba sentada en las escaleras de la oficina del fiscal general cuando el ex director de la Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP) me encontró llorando, dispuesta a abandonar un proceso judicial que ni siquiera había comenzado. Fue el único que creyó en mí y pensó que era posible identificar a los responsables de mi agresión.

ESTE MOMENTO
MARCÓ EL PUNTO
DE INFLEXIÓN DE
ESTA BATALLA
CONTRA LA IMPUNIDAD.

Luego vinieron días extenuantes de reconstrucción de los hechos, audiencias, entrevistas, procedimientos judiciales, repetición constante del relato de mi violación, nuevas amenazas, recaídas, vuelta al psicólogo, segunda tentativa de suicidio, caída de peso a 39 kilos y anorexia implacable. Y, sin embargo, paradójicamente, mi alma se hacía más fuerte, y también mi voz.

Así nació la campaña que ahora dirijo:

NO ES HORA DE CALLAR

Ya no me avergonzaba que la gente supiera que esa mujer que veían en la televisión o cuyos artículos leían en las páginas de El Tiempo había sido horriblemente violada.

Mi cuerpo fue mi mejor aliado porque me permitió, con el apoyo de la FLIP y Oxfam, soportar una serie de jornadas maratónicas para llamar a las puertas del Gobierno español, llegar al Parlamento Europeo, al Congreso de los Estados Unidos de América, a la Casa Blanca, a la Cámara de los Lores en Londres,

viajar por Irlanda, los Países Bajos, Alemania y Francia, y presentar el caso ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en Washington. Fueron innumerables viajes, reuniones, audiencias, cartas y peticiones, y todavía más lágrimas.

Creo que, al final, esas lágrimas también representaban la fuerza de saber que, a pesar de las circunstancias, seguía apegada al periodismo. Es lo que, hasta el día de hoy, me ha permitido seguir viva, porque a pesar de que mi caso ha alcanzado una dimensión internacional, las amenazas no han cesado.

SOLO EN 2018 RECIBÍ SIETE AMENAZAS DIRECTAS,

en las que los autores me recordaban “que no olvidara que esto es lo que les gusta”, refiriéndose a la violación, y que “ningún coche blindado, ninguna escolta o guardaespaldas será suficiente para proteger[me]”.

No obstante, creo que hay algo que me protege. Porque la muerte deja de ser un problema cuando tienes que vivir con ella. La mayor protección es conseguir que el periodismo sea un canal de empoderamiento y una herramienta de transformación constante, cuando tu voz se convierte en la voz de millones de personas.

En los últimos años, a través de No Es Hora De Callar, conseguimos que 120 mujeres del Pacífico Sur colombiano denunciaran los delitos de violencia sexual de los que fueron víctimas. Estas mujeres no sonreían y siempre miraban al suelo; estaban avergonzadas y eran incapaces de levantar la cabeza. Decidí enseñarles periodismo. Conseguí que una multinacional les donara teléfonos móviles y, con la ayuda de voluntarios de la campaña, enseñamos a estas mujeres a contar sus propias historias. Grabaron sus testimonios y convertimos ese material en el corto documental El poder de mi voz.

El periodismo, que me salvó la vida, también hizo visible la violencia sexual que Colombia ha sufrido en silencio durante décadas. El periodismo dio esperanza a las víctimas y las preparó, a través de No Es Hora De Callar, para convertirlas en supervivientes. Les dio la esperanza de transformar su dolor y transformó el mío.

Quizá tenga que someterme a nuevas audiencias judiciales y derramar muchas más lágrimas, pero lo peor ya ha pasado, porque las historias que el periodismo me ha permitido escribir y contar constituyen el mejor legado para quienes se enfrentan a la violencia sexual. Son una fuente de fortaleza para las mujeres que, como yo, encontraron en el periodismo su razón de ser.

A menudo me preguntan cómo he conseguido perdonar; a pesar de que al principio pensaba que lo había logrado, está claro que hay daños físicos, emocionales y espirituales para los que no hay reparación ni perdón posibles. Pero he decidido hacer mi trabajo y militar con amor, no con odio. No sé si eso se traduce en indulgencia.

El daño que me hicieron es inconmensurable, porque me dejó sin familia, sin posibilidad de ser madre, sin la posibilidad de hacer mi trabajo o salir a la calle libremente. Siempre voy acompañada de guardaespaldas. Soy consciente en todo momento de que hoy podría ser mi último día. Para mí, cada día es mi último día. Por eso hago lo posible por encontrar la mejor historia, escribir la mejor crónica, organizar la mejor conferencia, producir el mejor documental.

PARA SEGUIR

**TRANSFORMANDO MI
DOLOR A TRAVÉS DEL
PERIODISMO.**



Jineth Bedoya Lima

Foto: EL TIEMPO Casa Editorial